

XVII

LA CASA MALDITA

En la época en que Catalina de Médicis, para ensanchar las dependencias del convento de mujeres arrependidas hubo de apoderarse de la calle de Orleans y de la de las Viejas Estufas, haciendo edificar en estas últimas el hotel de Soissons, acarió la esperanza de englobar, en sus adquisiciones de terreno, el triángulo formado por las calles de San Honorato y de Grenelle San Honorato.

No pudo sin embargo realizar sus propósitos, porque en ausencia del propietario, cuyo paradero se ignoraba, no hubo medio de adquirir unas cuantas casas ya viejas, comprendidas en dicho terreno, que pertenecían en toda propiedad á Jacobo de Armañac, y que estaban deshabitadas desde la época en que su propietario fuera enviado á remar en las galeras de Malta.

La reunión de casas, impropriadamente llamada hotel de Armañac, pasó á ser propiedad de la mujer y del hijo

del condenado, el paradero de los cuales se ignoraba. De ahí que no fuera posible negociar su adquisición.

Pudo la italiana, que no reconocía dificultades que se opusieran á su capricho, despojar de sus bienes á los dos desaparecidos : pero no se atrevió á hacerlo, y las viejas casas deshabitadas seguían en pie, y como burlándose de él, frente á frente del principesco hotel de construcción reciente.

Las edificaciones de que hablamos, propiedad de los Armañac, descomponíanse en dos partes distintas, unidas entre sí por dos pabellones de muy escasa importancia, y el conjunto formaba un vasto paralelogramo, dispuesto de este modo :

En la calle de San Honorato, un edificio de dos pisos, alumbrado por pocas ventanas y rematado por una terraza en forma de muralla almenada, que dominaban aún los matacanes de una torre de guardia, parecía un vestigio del tiempo de las cruzadas y afectaba cierto aire de fortaleza bizantina.

Por el lado de la calle de los Dos Escudos, veíase un paralelepípedo rectangular, de dos pisos igualmente, rematados, con arreglo á la moda que en tiempos de Felipe Augusto dominaba en las construcciones urbanas, por un tejado en pirámides ó conos cubiertos por pizarra.

De los dos pabellones uniendo entre ellos los dos edificios de que acabamos de hacer mención, uno componíase de bajos y primer piso, y el otro contaba con el piso bajo solamente.

En este último, y entre los locales destinados á cua-

dras y cocheras abríase el pórtico principal que ponía en comunicación la calle de las Viejas Estufas y el patio común á las diferentes construcciones mencionadas, cada una de las cuales contaba con otras puertas más pequeñas á las que se llegaba por otros sitios.

Muchos años pasaron sin que persona alguna penetrase en la casa de que hablamos. Luego se supo que por virtud de tácito comercio entre la reina madre y el gran canciller, había sido puesta á disposición de dos herejes y de una muchacha maldita.

Uno de dichos descreídos, Abou-Nadarah, lector sideral de la Médecis, se posesionó del edificio con apariencia de antigua fortaleza, mientras que poco después, el otro, Salem Kebir, físico del señor de Villequier hacía transportar al segundo edificio numerosos instrumentos de extraña forma y no pocas cajas repletas de diabólicos utensilios. Acompañábale la muchacha maldita, cuyo nombre fué conocido enseguida por el vecindario: Se llamaba Fiamma.

¿Tenían entre ellos trato y relación Salem Kebir y Abou-Nadarah?

Sin poderlo negar en absoluto, nadie podía sin embargo afirmarlo. No obstante la activa vigilancia de que eran objeto de parte de los artesanos y de las comadres del barrio, nadie los vió nunca juntos; nadie pudo observar que se encontrasen una sola vez, cosa que hubiera podido producirse, porque aun cuando uno y otro se servían de una puerta particular para salir, ambos reintegraban sus respectivos domicilios por la misma puerta cochera, que daba á la calle de las Viejas

Estufas. Pero, repetimos, ni una vez siquiera el caftán de Abou-Nadarah proyectó su sombra sobre el oriental albornoz de Salem-Kebir.

Justo es advertir que para establecer entre ambos personajes la debida distinción era preciso fijarse en una porción de pequeños detalles, insignificantes á primera vista, pero cuyo conocimiento hubiera demandado largo estudio. Ambos eran de elevada estatura, llevaban cubierto el semblante, y andaban con igual nobleza, realzada por el flotante traje oriental con que disimulaban sus cuerpos.

Todo en ellos era misterioso. No se necesitaba más para excitar la pública curiosidad, que hubo de empeñarse en descifrar aquel misterio. En concepto del vulgo, los dos rivales en ciencias ocultas, servidores de amos enemigos, debían hallarse en continuado antagonismo, y enviarse mutuamente, á través de las paredes, terribles descargas de diabólico fluido.

Las ventanas exteriores de los edificios ocupados por los dos magos sólo se abrían tímidamente y muy de tarde, pero no debía suceder lo mismo con las recayentes al patio.

Hablamos en dubitativo, porque excepción hecha de la torre de Ruggieri que dominaba dicho patio, — y la torre de Ruggieri sólo recibía la visita de Catalina en las épocas determinadas por Abou-Nadarah para sus consultas estelarias — ninguna otra terraza del vecindario tenía vista á aquellos muros renegridos, por lo que los vecinos debían limitarse á aventurar conjeturas acerca de lo que ocurrir pudiera tras de los mismos.

Lo único que los incansables curiosos podían afirmar sin temor á verse desmentidos, es lo siguiente :

Ciertas noches, á cosa de las doce, es decir á la hora de las misas demoníacas y de los diabólicos conjuros, « la casa de los dos brujos » tomaba de pronto un aspecto inquietante.

Una columna de luz elevábase hacia el cielo por encima del hueco formado por el patio, tiñendo las primeras nubes de variados matices, verdes unas veces, azules otras, anaranjados ó rojos.

A veces también el invisible proyector enviaba á lo alto un haz de rayos de ardiente amarillo de oro ó de una blancura deslumbradora que se esparcían, cayendo luego como una cascada de oro, ó como abundante lluvia de hilos de plata.

Este espectáculo constituía un á modo de preliminar del formidable duelo que sin duda entablaban enseguida los dos satélites de Satanás.

Porque es de saber que á poco de enviar al cielo sus áureos ó argentados resplandores, algo así como una bruma purpúrea, sangrienta, acompañada de sofocante olor, invadía el barrio entero. Fulgurantes relámpagos cortaban á intervalos aquella insólita y apetosa aurora boreal, y los más obstinados durmientes veíanse de pronto arrancados á su sueño de plomo por la espantosa deflagración de alguna pólvora infernal, por detonaciones de armas que tal vez no existían.

Levantábanse azorados los vecinos sin tomarse siquiera el tiempo de cubrir sus desnudeces, y desde la Cruz del Trahoir hasta la de los campillos, la calle se

llenaba de menestrales en casaquin y de comadres ligeritas de ropa, que corrían alocados creyendo llegado el fin del mundo, y que se arrodillaban para entonar letanías, mientras que del gigantesco embudo formado por el patio siniestro continuaban escapándose sin interrupción temerosas lenguas de fuego tonitruantes.

Luego hacíase la obscuridad, se restablecía el silencio, y la casa maldita sólo se distinguía á poco de las que la rodeaban por la forma más rígida de sus negros muros.

Tales extrañas manifestaciones del espíritu del mal provocaron, como es consiguiente, las quejas de la mayor parte de los vecinos del barrio, que vivían en continuada alarma. El prevoste de París ordenó rondas para descubrir, en caso de que fuera posible, las causas del mal; pero como después de todo las sospechosas explosiones no producían desperfecto alguno ni ocasionaban la menor desgracia personal, decidióse limitar la acción de las autoridades al ejercicio de una vigilancia discreta.

Este resultado debióse en gran parte á la intervención de Luis de Villequier, quien obtuvo del rey un rescripto inesperado por cuanto el monarca ponía en él el domicilio de Salem-Kebir al abrigo de todo registro, acordándole la protección soberana del derecho de asilo.

Hubo un momento, cuando el Parlamento falló el pleito entablado por el joven duque de Saboya-Nemours, en que se creyó que este reivindicaría la propiedad del antiguo Hotel de Armañac, y renació entonces la esperanza de ver expulsados de él á los dos brujos.

No fué así sin embargo, y la casa maldita continuó sirviendo de palenque á los dos enemigos armados de mágicos poderes, y de objeto de terror á los buenos y pacíficos vecinos de París que tenían la desgracia de habitar en sus aledaños.

Los descontentos, que no eran pocos, criticaban en voz baja el real rescripto, acusando al monarca y al canciller de pactar abiertamente con las potencias del otro mundo; pero se guardaban muy mucho de formular abiertamente sus acusaciones ante el temor de que la oficialidad tomase cartas en el asunto.

Con efecto, esta última habríase apresurado á formular reclamaciones, blandiendo, como de costumbre, el anatema, y desencadenando tal vez nuevas guerras civiles. Y en este caso, si los burgueses lograban evitar los tiros de arcabuz, no podían impedir que sobre ellos gravasen nuevos impuestos.

Además, nadie se atrevía á mostrarse menos conciliante con los poderosos brujos que la más importante persona que habitaba el barrio.

Desde los balcones de su principesco palacio, Catalina de Médicis había presenciado con frecuencia el espectáculo de las proyecciones multicolores; y sus oídos, hechos como los del común de los mortales, sufrieron el desagradable estrépito de las detonaciones, que más de una vez debieron despertarla sobresaltada. Y sin embargo no se quejaba. Antes al contrario. Visitada á este respecto por el señor de Estouteville, mostróse sorprendida de que se la interrogase y declaró no haber observado nada de particular.

Todo el mundo comprendió su reserva; no era ella quien podía actuar de denunciadora de Abou-Nadarah el reemplazante del astrólogo florentino cuya pérdida lloraba aún.

La casa maldita seguía pues gozando de completa inmunidad. Sin embargo, aun cuando todo lo que con ella se relacionaba era un misterio, no faltaban gentes que pretendieran explicar este, asegurando saber lo que ocurría allí dentro.

Una regatera de la calle de los Dos Escudos, cuyo marido, deshollinador de profesión, había muerto á consecuencia de la pulmonía que pescó pasándose toda una noche en un tejado para observar lo que ocurría en aquella casa, contaba á todo el que quería oirla una historia de difícil comprobación, pero no desprovista de interés, por cuanto con ella se obtenía una solución plausible del enigma.

He aquí lo que contaba la parlanchina mujer.

Desde lo alto del tejado en que se apostara, su marido pudo ver un laboratorio completo de alquimista, y en él materias en ebullición, retortas y matraces. De aquéllas se escapaba en ciertos momentos una gota de líquido que, al caer en los braseros, determinaba los vapores luminosos y policromos objeto de la curiosidad y terror de los vecinos. Delante de los hornillos se hallaba un hombre, cubierto el rostro con careta de cristal y provisto de un agitador, vigilando atentamente aquella cocina de grande obra.

Las gentes crédulas y sencillas dábanse por satisfechas con este cuento de piedra filosofal, y se apresu-

raban á repetirlo á su vez deformándolo algo, como es consiguiente; pero otros, los fuertes de espíritu, desdenando tales infantiles historias y ávidos de penetrar en la entraña del secreto, preguntaban:

— ¿Os dijo vuestro marido cuál de los paganos cocinaba de ese modo?

— Sí, los dos.

— ¿El de Villequier y el de la Médicis?

— Sin duda.

— ¿Salem-Kébir y Abou-Nadarah?

— ¡Pues no lo estoy diciendo!

La afirmación era desconcertante. ¿Cómo darle crédito? ¿Cómo admitir que los dos irreconciliables competidores trabajasen en colaboración?

Los fuertes de espíritu consultábanse con la mirada al oír aquello, venteando vagamente una superchería. Uno de ellos insistió, deseoso de poner en un brete á la bachillera.

— Vamos á ver, comadre, la cosa vale la pena de que la pongamos en claro; ¿ha visto vuestro hombre á los brujos, uno al lado del otro?

— ¿He dicho yo eso por ventura? — interrogó ella á su vez.

— Sí: y eso prueba que os equivocasteis, por no deciros que habéis mentido.

— De ningún modo, compadres. Los brujos no estaban uno al lado del otro, sino el uno dentro del otro.

Al oír esto, unos rieron y otros se indignaron.

— La comadre se burla de nosotros; — dijo un impaciente.

— ¿Por qué me he de burlar? Vais á comprender lo que he dicho. Los dos brujos no forman más que uno; ¡no hay más que un solo mago!

Aquello era un verdadero descubrimiento. Y como la mayor parte de los descubrimientos, no tuvo éxito alguno. Dar crédito á lo dicho era hacer demasiado honor á la fértil imaginación de la regatera. Todo el mundo le volvió pues la espalda, guardando cada cual su propia opinión acerca de la casa maldita y deplorando tan sólo haber sido objeto de una burla.

Posible es que el lector haya olvidado ya un incidente ocurrido al terminar la entrevista del rey de Thunes. Gaultfarault, con Catalina de Médicis en el oratorio de esta última.

Por si es así, permitasenos recordarlo en pocas palabras.

En el momento en que despedido por la reina madre iba conducido por miss Huming que debía acompañarle á una casa de baños antes de dejarlo en el Hotel del arrabal de San German, el nuevo marqués de Villanueva-Marsan bajaba la escalera cuando acertó á ver á un singular personaje que al pie de aquella escondía el rostro tras un velo musulmán.

Quiso evitarlo, pero el oriental, más vivo, se adelantó á su encuentro, y luego de haberlo examinado murmuró entre dientes:

— ¡Es increíble!

Contrariado por tal examen y por haber tenido que hacer un rodeo innecesario, el cómico preguntó á media

voz á su acompañante, creyendo imitar el impertinente lenguaje de las gentes de la corte como había ya copiado y adoptado el semblante de un gran señor.

— ¿Quién es ese fantasmón?

Y sin poder disimular un estremecimiento, miss Huming habíale contestado :

— ¡Un demonio! Abou-Nadarah, astrólogo de la gran Catalina.

Así era en efecto : el hombre que se hallaba al pie de la escalera era el consejero oculto de la italiana, el sucesor de Nostradamus y de Come Ruggieri, el único hombre ante el cual se inclinó la viuda de Enrique II, y esto porque poseía la ciencia infusa y sabía descifrar el libro del destino.

Abou-Nadarah permaneció un momento en el mismo sitio, siguiendo con la mirada á los que se alejaban; subió luego algunos escalones, tocó el resorte de una puerta secreta, sumiéndose enseguida en la sombra de una galería repitiendo aún la misma palabra que pronunciara poco antes :

— ¡Es increíble! ¡Increíble de veras! Si no hubiese tenido la suerte de llegar á tiempo para sorprender cuanto aquí se ha dicho y hecho, yo mismo me habría equivocado en presencia de una semejanza tan bien imitada.

Un segundo después, levantando una cortina penetraba en el oratorio de la reina madre.

Esta estaba sola. Gaspar Mouvette acababa de salir.

Volvióse al oír ruido y preguntó :

— ¿Eres tú, Pólux?

— El mismo, que llega á ponerse á las órdenes de Cibeles, su soberana; — contestó el recién llegado, llevando sucesivamente su mano derecha del corazón á la frente en signo de amor y de respeto.

Luego esperó, sin levantar el velo que le cubría. Era esta una concesión, extraña si se quiere, hecha por la voluntariosa Médicis al oriental, cuya fisonomía ignoraba, y el cual no quiso entrar á su servicio sino luego de haber exigido formal promesa de que sería siempre respetada su « religiosa » reserva.

Catalina hubo de rehusar, al principio, negándose á tan injustificada pretensión. Pero sabedora de que tanto el rey como su ministro Villequier habían accedido á una exigencia análoga para mantener buenas relaciones con sus magos respectivos, acabó por pronunciar, la mano puesta sobre los santos Evangelios, el juramento que se le pedía.

— ¿Dónde estabas? — preguntó la reina á Pólux.

Este nombre merece una explicación.

En la intimidad, y con objeto de no ser comprendidos por los que la casualidad pudiese poner al alcance de sus voces, designaban con nombres especiales, á ciertos personajes. Fué Abou-Nadarah el inventor del sistema, y los nombres los tomó, en su mayor parte, del registro astral.

Júpiter no era otro que Enrique III, como era *Neptuno* el duque de Guisa. La Médicis respondía al nombre de *Cibeles*; Sed de Amor iba á responder — como veremos enseguida — al de *Marte*; y así los demás.

Dábase en esta nomenclatura coincidencia extraña, imprevista sin duda, á menos que no fuese buscada; la de que la misma constelación *Géminis*, había proporcionado el seudónimo del marqués Jacobo de Villanueva-Marsan, y el remoquete sideral de Abou-Nadarah : el primero era *Cástor* y *Pólux* el segundo.

Catalina de Médicis, que aunque mujer, tenía, como todas, algo de infantil en su carácter, encontró divertida la doble designación y ni por un momento se le ocurrió pensar que los dos gemelos de la fábula eran inseparables, y que tal vez convendría averiguar si lo eran asimismo los personajes designados con sus nombres. Había pues aceptado los remoquetes sin protesta, y sin ver en ellos alusión alguna á una amistad que hubiera reputado imposible caso de pensar en ella.

Contestando á la pregunta que le hacía la reina, dijo el astrólogo.

— Llego, señora, del Campo de los Clérigos, donde oculto en un macizo de arbustos he podido presenciar el cuádruple duelo del que sé tenéis ya conocimiento.

— ¿Y has visto al joven aventurero de la rama de muérdago? Parece ser que cargó con éxito á nuestro Rolando, al rey de los refinados... ¿Será acaso un dios ese joven?

— Sí, señora; es el dios *Marte*; — dijo el astrólogo.

— Marcado está en la frente con el signo de los victoriosos, y cuanto contra él se intente fracasará sin remedio... Ese hombre irá donde se proponga ir, y quien pretenda atajarle el paso será vencido.

— ¿Cómo puedes tú saberlo?

— Os lo explicaré señora. Sin duda sabéis que aun en pleno día es posible al hombre que ocupa el fondo de un pozo ver las estrellas que, para los situados en la superficie de la tierra sólo son visibles de noche... Pues bien, rodeado de elevados arbustos de hoja perenne cuyas ramas se elevaban hacia el cielo en forma de muralla cilíndrica, me encontraba yo esta mañana exactamente como hubiera podido encontrarse un perforador de la corteza terrestre en el fondo de su tubo de tierra. Mi ojo acostumbrado á aplicarse á la lente del telescopio, podía en aquel entonces prescindir de la ayuda de ese instrumento. Animado de extraordinaria potencia visual determinaba claramente lo que en otras circunstancias le hubiera parecido difícil establecer.

Catalina le escuchaba con estupor, intrigada por aquellas explicaciones, que en su concepto debían terminar por el anuncio de algo enorme.

— En fin, sepamos, ¿qué viste?

— Vi el firmamento constelado, señora, y fuéme dado asistir á un espectáculo que nunca pudisteis contemplar desde lo alto de la torre de Ruggieri ni aun en las noches más tormentosas... ¡Vi la guerra de los astros!

— ¡La guerra de los astros! — repitió ella, confusa.

— ¡Por la santa Madona! ¿Es posible una cosa semejante?

— Escuchad. Mientras que ese joven de la rama de muérdago repartía cintarazos en el Prado, á dos pasos de mí, *Marte*, en el cielo, veíase atacado por una nube

de pequeños meteoros á los que reducía á la obediencia. La similitud de ambas situaciones me permitió deducir cuál es el astro que preside la vida de ese mozo... y el cuadro de lo que ha de ser esa vida se desarrolló en un instante ante mis ojos. En efecto, apenas hubíanse dispersado los mirmidones estelarios, cuando ya *Marte* lanzábase en socorro de *Cástor* amenazado...

— *Cástor* es Villanueva-Marsan, ¿no es eso?

— Sí, señora; el gran marqués.

— ¿Y consiguió librar á *Cástor* el flamante *Marte*?

— La pregunta es ociosa señora; vos sabéis muy bien que sí, puesto que el ex-prisionero de Vincennes, fresco y dispuesto, salía hace un momento de vuestro oratorio. Yo lo he visto al pie de la escalera.

La reina madre, preocupada, no advirtió toda la ironía puesta por Abou-Nadarah en sus palabras, como tampoco pudo leer en el oculto semblante de su interlocutor.

Este prosiguió .

— Decíamos que *Marte* libró á *Cástor*. Indignado *Júpiter* al saberlo, lanza sus rayos en persecución del delincuente... *Marte* se presenta á *Neptuno*, y como por encanto, retira *Júpiter* sus rayos...

María le interrumpió.

— ¿Quieres decir que mi hijo abandona la lucha? — preguntó extrañada.

— Digo lo que mis ojos asombrados leyeron en el cielo, señora. Prosiguió el combate. Otros satélites entraron en la liza; primero los de *Mercurio*, luego los de *Cibeles*...

— Vamos, sí, los arqueros de Villequier y los míos... Empiezo á comprender.

— *Marte* hubiera tal vez sucumbido sin la intervención de los *Magos*.

— Pues ya me pierdo otra vez; — dijo la reina. — ¿Qué magos son éstos?

— *Gaspar*, *Melchor* y *Baltasar*, ó dicho de otro modo, Salem-Kebir, Mammouth el rojo, y yo...

— ¿Tú? ¿Pues no eres tú *Pólux*?

— En efecto, soy *Pólux*; pero también soy *Baltasar*... Nada hay en ello que pueda extrañaros. En caso de error éste será de los astros y no mío.

— ¡Eso es imposible! — gritó Catalina convencida. — Los astros no pueden engañarse ni engañarnos.

— Precisamente iba á decíroslo, señora. Y ahora, continúo. Prosiguió la batalla con encarnizamiento; el más fiero antagonista de *Marte* era *Jano*, su primer agresor...

— ¿El duque Rolando? ¿Pero por qué le llamas *Jano*?

— No me es posible contestaros, señora; permitid que acabe. Gracias á la ninfa *Egeria*...

— ¿La marquesa de Villanueva tal vez?

— No, señora: una pequeña nebulosa, apenas visible, algo así como una hija de bohemia... Gracias á ella y sobre todo á *Juno*...

— ¡Virgen María! ¿La reina Luisa sale al fin por lo que veo de su reserva?...

— Solicitada por *Venus*...

— Esa sí que es María; dime la verdad: apuesto á que *Venus* es la marquesa de Villanueva.

— Ganaríais, señora. Digo pues que gracias á eso, *Júpiter* pone término á la celeste perturbación aceptando los homenajes que le ofrecen *Cástor* y *Marte*.

A estas palabras, un tanto enigmáticas, de Abou-Nadarah, siguió un instante de penoso silencio.

Postrada en su butaca, cuyo alto respaldo esculpido reproducía los cuarteles de las casas de Valois y de Florencia, Catalina de Médicis inclinó su cabeza exangüe, lanzando oblicua mirada á una banderola de seda roja en la que, en letras de filigrana de oro, aparecía escrita esta divisa: *Ardorem extincta testatur flamma*. Que quiere decir: una llama que se extingue prueba que hubo fuego.

La parábola imaginada por su astrólogo acomodábase bien á su constante preocupación de dirigirse á las estrellas para arrancarles su secreto de los tiempos futuros y causó gran impresión en su ánimo perturbado.

¿Qué significaba lo dicho por el astrólogo? ¿Era cosa de pensar seriamente en que un aventurero, después de dejar tuerto á Maugirón, iba á revolucionar París y á reducir al rey á la inacción?

El libro del firmamento pronunciábase por él... Bueno; pero quien afirmaba esto era el mago, el profeta Abou Nadarah, y éste equivocábase en un punto concreto; asegurando haber visto vivo al marqués de Villanueva-Marsan, quien — ella no podía dudar de semejante cosa — estaba muerto y bien muerto. ¿Cómo

había de dudar si ella misma había ordenado que lo suprimieran, substituyéndolo por otro, por el que acababa de ver Abou Nadarah al pie de la escalera? Este podía pues equivocarse una vez más.

Necesitando reflexionar acerca de tan complejo asunto, despidió al mago, para pensar á solas.